

Las Renuncias del Partido Socialista de Chile

Oscar Azócar

Septiembre 1996

4 páginas

El Congreso del Partido Socialista ha marcado un nuevo hito, esta vez más definitorio, en el profundo viraje experimentado por ese Partido que lo ha llevado a convertirse en una fuerza política defensora del sistema neoliberal. Botones de muestra son el sometimiento a las humillantes exigencias demócratacristianas respecto de la CUT, la actuación antiobrera contra los mineros del Carbón del Presidente de Enacar y militante socialista Luciano Valle, las agresivas descalificaciones de Camilo Escalona atribuyendo a los comunistas una supuesta "envidia irrefrenable" por los "éxitos" socialistas. Si su interpretación de éxito es mantenerse a toda costa en el gobierno, incluso renegando de la propia historia, quédese con esos éxitos

Los socialistas han resuelto mostrarse viables para disputar la alternancia presidencial, tratando por todos los medios de convencer a la DC, a la derecha y a los empresarios que no conservan ningún resabio estatista o socializante. Las palabras elogiosas de Pablo H. Rodríguez acerca de la candidatura de Ricardo Lagos evidencian que obtienen ciertos logros.

El Documento Programático aprobado en el Congreso revela más antecedentes. A pesar de que se postula el cambio social y una sociedad que supere el capitalismo, se reafirma allí la estrategia concertacionista con una connotación hasta ahora no conocida. La Concertación es, de acuerdo al documento, "nuestro bloque político y social por los cambios..., ha sido capaz de producir el periodo de mayor prosperidad y estabilidad de que se tenga memoria en el país..., (es) la única fuerza capaz de proporcionar desarrollo social y equidad a Chile y darle viabilidad estratégica a su democracia". En el afán de congraciarse con la DC y la derecha, se deforma la historia, omitiendo la presencia de los comunistas como fuerza política progresista durante el Siglo XX en Chile.

La afirmación de que la Concertación es un bloque político y social por los cambios es coherente con la concepción de democracia y socialismo que está presente en el documento. Se concibe el socialismo como "un proceso para favorecer la libertad de cada ser humano, superar las desigualdades, socializar el poder, ejercer el control democrático de la economía y las instituciones, y generar condiciones materiales, sociales y culturales para que la gente pueda, libre y solidariamente, decidir sobre su vida y el futuro de la sociedad". Sin embargo, nada se dice de como se

avanzaría en ese “proceso”. Están ausentes totalmente la idea de revolución, de desplazamiento del poder de la burguesía, de reemplazo por otras de las relaciones de producción capitalistas, de la propiedad privada capitalista de las trasnacionales y sus aliados criollos sobre la economía del país.

La demagogia, la ambigüedad y las generalidades cruzan el documento . Se reconoce que “sobreviven enclaves autoritarios”, pero no se aspira a terminar con ellos sino tan sólo a “contrarrestar la influencia de los poderes fácticos” a través de “dinamizar la participación del pueblo”. Ni siquiera hay referencia al término del sistema electoral binominal cuando habla de la modernización de la institucionalidad estatal.

Se declara que el Estado no es un poder subsidiario, pero no aparecen propuestas para que asuma un papel más determinante en la propiedad, control o regulación de los sectores productivos estratégicos de la economía, o en la actividad de las trasnacionales, salvo referencias generales acerca de la regulación económica o la elaboración de estrategias de desarrollo, que quedan como letra muerta al no haber medidas concretas que las acompañen.

El documento señala que “la gravitación de los poderes fácticos -sobre todo a través de su control de los medios de comunicación de masas- y sobre los centros de producción científica y cultural, se traduce en que sean en el fondo sus intereses, ligados a la reproducción del orden social vigente, los que pasan a influir decisivamente en la conformación de la opinión pública, y en las preferencias y valores dominantes de la sociedad. Ello pervierte el funcionamiento de una auténtica democracia”. Sin embargo, éste diagnóstico no se traduce en indicaciones para superar esta situación. Sólo se dice que la participación ciudadana en los asuntos públicos supone un grado de información suficiente, lo cual implica “elevar el nivel educativo y cultural general de la ciudadanía”, pero no se propone ninguna medida de regulación y control de la tan concentrada propiedad de los medios de comunicación, base del proceso de manipulación del que somos objeto cotidianamente.

Por otra parte, el documento programático enfatiza que el pensamiento socialista se enriquece al recoger toda la tradición del liberalismo político, lo que constituye otra grave renuncia ideológica. El liberalismo político, en el único momento de la historia en que desempeñó un papel progresista como corriente general de pensamiento de la burguesía, fue en los albores del capitalismo, cuando luchaba por terminar con la servidumbre y privilegios de la sociedad feudal, y a través de la generalización de las libertades burguesas -aquellas que hacen que los productores se encuentren en el mercado en igualdad de condiciones y establezcan relaciones libres- crear condiciones para el desarrollo del capitalismo.

¿Que plantea el liberalismo político, sumariamente?

La primera característica, básica y fundamental, es el individualismo. Los individuos pueden elegir libremente sus objetivos y realizarlos como les conviene, lo cual supone que no hay fines objetivos y universales de la existencia humana, no existe una definición común del bien, los valores

individuales son superiores a los colectivos. El único aspecto en que los hombres pueden ponerse de acuerdo es en organizar la sociedad de forma que cada uno pueda vivir como lo entiende. Es decir, el objetivo de la política sería sólo garantizar a los individuos la búsqueda de su propio bienestar como ellos lo quieran.

De aquí se deriva que, para que esta libertad individual pueda desarrollarse, es necesario limitar la acción del poder político, del gobierno, cualquiera que éste sea. De acuerdo a la forma de limitar el poder político, existen distintas variantes del liberalismo. Unos determina a priori en que campos puede actuar y en cuales no. Aquí se supone que en lo económico cualquier acción es ilegítima pues el orden surgiría de manera espontánea. Otros plantean que para limitar el poder hay que diseminarlo de tal forma que la multiplicación y pluralidad de facciones, grupos e instancias dispersas y en conflicto evite que alguna de ellas llegue a ser mayoritaria, peligro que de concretarse significaría la tiranía de la mayoría sobre la minoría y por tanto la desaparición de la libertad.

Los diferentes matices del liberalismo, incluyendo la visión neoliberal que implica una interpretación más global de la idea de mercado como principio político de orden y gobernabilidad, no cambian su contenido esencial: ser el pensamiento filosófico y político de la burguesía, defensor como es lógico del capitalismo y, por ende, contrario a la idea socialista.

Todo ello se coloca muy a la distancia de valores colectivos y de la idea de luchar por una sociedad que supere el capitalismo. ¿Como podría lucharse contra la desigualdad social si necesariamente ello sería interpretado de alguna manera como atentado a la libertad de algunos? No cabe duda que el liberalismo es partidario de la idea que el progreso social sólo se logra a través del avance evolutivo de la sociedad, sin revolución, lo cual es coherente con los demás pronunciamientos del documento programático de los socialistas.

Demás estaría extenderse en el recuento de aquellas experiencias de gobiernos y estados autoritarios y antidemocráticos que la burguesía ha implantado en tantos lugares y momentos en el curso de su historia, desentendiéndose rápidamente con distintos pretextos de su sagrada libertad individual tan contraria a la intervención del estado en la sociedad. Ello aconteció y seguirá aconteciendo cada vez que la lucha obrera y popular hizo que percibiera sus intereses en peligro. Lo cual confirma que cuando la burguesía habla de libertades, está hablando de su libertad para explotar a la mayoría y acumular ganancia muy a costa de las privaciones y miserias que ello provoca en la mayoría del pueblo, lo cual evidentemente no ha tenido en cuenta la idea de uno de los grandes pensadores liberales, John Stuart Mill, de que el poder político tiene derecho a intervenir cuando la conducta de un individuo afecta los intereses de otra.

Al discutir críticamente la tesis del documento socialista no nos estamos ubicando en la postura cerrada de negarnos a rescatar todo lo que tiene de valioso y progresista para el presente el acervo histórico-cultural de la humanidad. En ese marco, es indiscutible que el pensamiento socialista consecuente debe considerar el liberalismo político. Pero ese rescate no es aséptico ni neutro. Tiene que ser hecho desde el enfoque histórico-cultural

de hoy, teniendo en cuenta todo el avance en el desarrollo del conocimiento y en la experiencia de las luchas del movimiento obrero revolucionario internacional, y desde el enfoque de clase del movimiento obrero y popular, que es radicalmente diferente del liberalismo político de la burguesía. Mucho menos puede pretenderse rescatar toda la tradición del liberalismo político.

Ninguna de las corrientes intelectuales anteriores al socialismo, considerando todo lo que de progresista hay en cada una de ellas, puede colocarse en el mismo plano que el pensamiento socialista, pues este último difiere de todas ellas en una cuestión fundamental: se propone terminar con la base material de la desigualdad y la injusticia social: la explotación del hombre por el hombre basada en la propiedad privada de los medios de producción, a través del reemplazo revolucionario del capitalismo.

Lo único que restaría por decir es que los éxitos asentados en renunciaciones y abdicaciones ideológicas, si es que realmente los hay, son más bien efímeros y de los que nunca pretendieron conquistar aquellos tantos socialistas, eminentes y anónimos, entre los que se encontraba Salvador Allende, que concebían la política como servicio y entrega desinteresados a la lucha por el bienestar del pueblo y la transformación de la sociedad para ese fin.

Septiembre, 1996.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:

<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

